

De la hija del mago decía la fama una singularidad, que era natural privilegio: contaban que <sup>en</sup> lo hondo de sus ojos serenos, si se les miraba de cerca, en la sombra de la noche, veíase, en puntual aunque abreviado reflejo, el firmamento estrellado, y aun cierta luz, ulterior al firmamento visible, que era lo más misterioso y sorprendente de ver. Ciaxar, sátrapa persa, que removía en el tedio de la santidad las pavesas de su corazón estragado, ardió en deseos de hacer suya a esta mujer que, en el misterio de sus ojos, -- llevaba la gloria de la noche. Todas las tardes, acompañada de su león, iba la doncella en busca de agua a una fuente que celaba el corazón bravo de un monte. Ciaxar hizo emboscarse allí soldados suyos; y para el león, fue un sabio nigromante con ellos, que -- prometió dominarle con su hechizo. Aquella tarde el león se adelantó, como siempre, a -- explorar la orilla breñosa; y no bien hubo asomado la cabeza entre las zarzas, recibió -- en ella emponzoñada aspersión que le postró al punto, sumido en un letárgico sueño. Cuando, ignorante y confiada, llegó su dulce amiga, precipitáronse los raptores a apresarla; buscó con espanto a su león; se abrazó trémula al cuerpo inane de la fiera; y al reparar en que yacía sin aliento, dejó caer sobre el león una lágrima, una sola, que se perdió como el diamante que cayese dentro de pérsica ~~almatilla~~ alcatifa, en la espesura de la melena antes soberbia, ahora rendida y lánguida.

Quando apartó éste su atención de la cautiva, admiró al león y quiso que se le pusiera, como símbolo, enfrente de su lecho. León que duerme, potestad que reposa. Desde alta base, bajo el bruído entablamento, quitando preeminencia a los unicornios de pórfito que recogían a ambos lados del lecho, las alas de espeso pabellón de púrpura, el león en actitud de sueño, dominó la estancia suntuosa.

¿Cuánto tiempo pasó antes de que con su lenta punzada atravesase la melena, hendiera la cerviz sumisa, penetrase al través del espacioso tórax, y llegase a su centro, partiendo el corazón endurecido?

Nadie puede saberlo... Era alta noche. Hondísimo silencio en la estación. Solo la vaga luz que alimenta <sup>ba</sup> al aceite de una copa de bronce. Bajo la púrpura, el señor, decrepito, dormía. De pronto, hubo un rumor como de ~~araxaxa~~ <sup>levísimo</sup> choque; duro latido pareció mover, al mismo tiempo, el pecho del león y propagarse en un sacudimiento extraño por todo su cuerpo. Y cual si resucitara, todo él revistiose en un instante de un cálido y subido tinte de oro; en el fondo de sus ojos abrió roja luz; y la mustia melena comenzó a enrullarse como mar en donde el viento hace ondas. Con empuje que fue al principio desesperado; después, movimiento voluntario; luego esfuerzo iracundo, el león arrancó del zócalo los tendidos jarretes, que hicieron sangre manchando la blancura del mármol; y se puso



de pie. Quedó un momento en estupor; la ondulante melena encrespose de un golpe, rasgó los aires el rugido, como una recia tela que se rompe entre dos manos de Hércules...Y--cuando tras un salto de coloso, las crispadas garras se hundieron en el lecho macizado de plumas, quien estuviera allí sólo hubiera visto bajo de ellas una sombra anegada en un charco de sangre miserable; y hubiera visto después, los vidrios de colores, los entablamentos de cedro, los lampadarios y trípodes de bronce, que rodaban en espantosa confusión, por la estancia, y el león, rugiente, que revolvía el furor de su destrozo entre ellos, mientras la lágrima, asomando fuera de su corazón, como acerada punta, le teñía el pecho de sangre.